

Aprendiz de novelista, de Humberto Guzmán

Lazlo Moussong

APRENDIZ DE NOVELISTA de Humberto Guzmán, no es exactamente un método para aprender a escribir novelas. Quien pretendiera haber escrito tal método no podría ser sino un charlatán.

Él mismo tuvo la pertinente y prudente iniciativa de agregar, después del título, la aclaración que define el sentido de este libro, como consta en la portadilla. Dice: “Apuntes sobre la escritura de novela o el oficio de escribir novela”, es decir, así precisa con objetividad que entre el universo de las infinitas posibilidades para escribir una novela lo que él ofrece es una serie de apuntes, de observaciones, de consejos, de ideas derivadas de su experiencia muy sustanciosa en el arte novelístico y en su larga y continua misión de impulsar a quienes quieren introducirse en esta tarea.

Esta forma de desarrollar su libro, es decir, en forma de apuntes, le permite dar al contenido un valor alternado y un poco caprichoso de ensayo, de segmentos didácticos, temas diversos, ejemplos, reflexiones, recomendaciones, advertencias, comparaciones y propuestas.

Humberto nos habla con las palabras llanas y sabias con que lo haría el tradicional viejo y buen maestro de un taller artesanal realmente artístico, con base en su experiencia, sin recetarios inoperantes y, más bien, fraudulentos, y ajeno a las teorías.

La materia misma de que se trata, la novela, no permite ni ofrece precisiones metodológicas para escribirla. Sí existen recursos y recetas que pueden servir a un académico de poca imaginación y hondura, pero sólo para emprender el análisis de una novela ya escrita, no para desarrollar la escritura de una nueva. Tampoco se abisma en consideraciones teóricas

que también corresponderían al campo académico o al ensayo, con miras muy diferentes.

Hay muchas cosas en la vida que se pueden entender mucho mejor, conocer en sus múltiples ángulos, percibir sus sustancias, no intentando definir las (supersticiosa costumbre del primitivo racionalismo occidental) sino, más bien, por caminos de percepción inversa, a través de la negación, como lo condensa el inmemorial principio sánscrito del neti-neti, “esto no-eso no”, y que da pauta para el conocimiento de las cosas y de la vida a través de la negación de cualidades, de identificar qué no es algo, para poder identificar qué sí es. Neti-neti, que es el precedente filosófico y religioso del hallazgo científico de Heisenberg, descubridor del “principio de incertidumbre” que redondea el principio einsteniano de la igualdad de la materia y la energía, para construir el cuerpo completo de la física teórica nuclear y que, como principios universales, son aplicables a todas las manifestaciones de la vida.

Así que si nos fuésemos muy a fondo hallaríamos cómo la escritura de una novela es una acción humana que ineludiblemente se desarrolla bajo el cielo del “principio de incertidumbre”, y por eso conviene más precisar qué no es la novela (a lo que Humberto se avoca) y no cómo definiremos la novela (en lo que los diccionarios se extravían).

Es así que Guzmán, después de haber dado razones que diferencian el trabajo de escribir novela del trabajo de escribir cine o telenovela, señala: “resulta más factible y aleccionador decir lo que no es la novela, que definir lo que es”. Y concluye, como punto de partida: “En suma, la novela es... más que una historia” (esto es, por si ustedes

quieren, pese a todo, una definición). Como prueba de esa abismal insuficiencia, cita dos definiciones, del *Pequeño Larousse* y de María Moliner; no se necesita más.

Hay definiciones de las que los diccionarios no nos definen nada, sino nos confunden por la enorme parcelación del significado que ahí enmarcan, o más bien, flejan. Por eso Humberto advierte:

Que quede claro, no estoy hablando de cómo yo escribo o quisiera escribir mis novelas, ni siquiera intento decir cómo las debe escribir el lector. No me interesa decir cómo debe escribirse la novela de cada quien, ni podría hacerlo, sino más bien me he propuesto empujar al aprendiz de novelista a hacer su propia obra.

Entre los muchos puntos sensibles, puntos clave, puntos paradigmáticos que toca Humberto está ése que, tal vez, más preocupa a quien quiera escribir una novela, ya sea un aprendiz o un novelista formado, y es el de la estructura.

Dice él: “no creo que primero se elija la estructura y luego se rellene con la información necesaria”.

Inclusive hay quienes creen tener ya, previamente, esa estructura, y hasta se la cuentan a uno como si fuera el relato mismo, pero a la hora de los hechos resultó más interesante su estructura que su novela, y pienso: “Caray, pobrecito; no se lo voy a decir; mejor que se dé cuenta por sí mismo o que nunca lo descubra”. Puede haber, sí, un plan general,



pero que queda sujeto a todas las modificaciones posibles a la hora de los hechos.

¿Y qué es la estructura? Sintetizo la definición de María Moliner que Humberto transcribe, y podemos entenderla como la manera en que están dispuestas las partes de una cosa. En la arquitectura, primero se planea la estructura, luego se construye y al final se rellena, es decir, se le da sentido, se le pone “la carnita”, se hace habitable. No puede haber otro orden, a menos que al arquitecto no le importe que los pobladores del edificio pronto mueran aplastados.

Una novela sin estructura, por muy oculta, decorada, envuelta, disfrazada, imperceptible que esté, no podría resultar más que en una vacilada. ¿Cómo llegar a ella? Yo, aprendiz, le cuento a Humberto mi historia; para contársela ya tuve que ordenar, que estructurar instintivamente esa historia; si no la digo así, Humberto me va a recomendar que me busque otra historia; que lo que le digo es lo más aburrido que haya escuchado jamás. Contada así es una estructura elemental, generalmente cronológica de los acontecimientos, pero muy lejos de la novela. Entonces, ¿cómo le hago?

Para resolver esta pregunta, Humberto no me engaña diciéndome cómo tengo que armar esa estructura; lo que hace en su libro es proponerme algunos ejercicios dirigidos de creación novelística, que no van a resolver mi novela, sino van a darme una experiencia generadora e intuitiva para que, cuando me ponga a escribir mi obra propia, mi mente ya tenga algunas señales de cómo orientarme para dirigirme a donde quiero llegar.

Lo advierte nuestro autor cuando dice que “la vida no es una novela”; por más intensa que creamos que es o ha sido nuestra vida; por más trágica que la suframos; por más variada que la disfrutemos, no basta. Lo que ya sucedió e hicimos en nuestra vida, ya quedó; como dice el dicho: “palo dado ni Dios lo quita”, en cambio, la novela tiene un mejor recurso que la vida, tal como nos lo plantea Humberto: la novela sí se puede corregir. De ahí derivamos que la vida es orgánica; la novela, en cambio, es artificial. La realidad pasada no permite alternativas; la novela las ofrece en número infinito. Y esto no es ni bueno ni malo; simplemente es algo que hay que saber o aprender cómo aprovecharlo y cómo no perdernos en esa infinitud.

Así, *Aprendiz de novelista* va a la sustancia, no a la fórmula imposible y siempre de cartón; y la estructura de la novela tiene ilimitadas posibilidades pero nadie puede decirnos cómo lograrla, a menos que con fines didácticos el maestro nos proponga una, pero como mero ejercicio. Y

esto es lo que propone y hace Humberto Guzmán. Claro que todo texto literario requiere estructura, pero aunque naden en el mismo lago del lenguaje como arte, el cuentista y el poeta son especies diferentes del novelista, aun cuando los tres géneros puedan anidar en el talento de una sola persona.

Recordemos: “Una novela es más que una historia”, dice Guzmán. La más extraordinaria historia que uno tenga no tiene relevancia alguna si no se tiene idea de cómo se va a contar en una novela, qué orden le dará a sus ideas y experiencias, con cuál o cuáles diversos lenguajes la va a manejar. El tema no importa tanto como la manera de contarlo y desarrollarlo, y para ilustrar esto él nos ofrece una muy clara cita de Ernesto Sábato, quien dice: “No hay temas grandes y temas pequeños, asuntos sublimes y asuntos triviales. La misma historia del estudiante pobre que mata a una usurera puede ser una mera crónica policial o *Crimen y castigo*” (de Dostoievsky).

Es curioso, digo, cómo en la novela no cabe lo *naïf*, la mera inocencia. En la pintura surgió y se valoró lo *naïf* al lado del fauvismo y el impresionismo, y con el tiempo lo *naïf* se volvió un recurso fácil de fácil venta y elevado precio.

Menciono esto para referirme al sentido de responsabilidad que está obligado a asumir el novelista, de manera que cualquier tipo de lenguaje que utilice; cualquier medio social, urbano, rural o idílico en que se desarrolle; toda la elementalidad, inocencia, ingenuidad que el novelista quiera inferirles a los personajes o las situaciones, si tienen algún valor es sólo porque el autor supo cómo escribirlo perfectamente bien con relación a lo que él se propuso, y nunca porque el autor hubiera sido el ingenuo, el inocente; al contrario, para lograr eso debió tener malicia, cultura, conocimiento de lo que se propone y conciencia del lenguaje.

Pero en la literatura tenemos el relato oral; el que cuenta la gente del pueblo tal cual y así se traslada al libro, quizá con algunos ajustes. A mí me tocó hacer la presentación de un libro maravilloso de relatos orales de hombres que vivieron el sinarquismo en el Bajío, recopilado por el caricaturista, gran dibujante y profundo amante de su Bajío, Luis de la Torre. Sin embargo, esto que podría encuadrarse en lo *naïf* literario, no puede rebasar la dimensión del cuento, aunque sea largo, aparte de que, en cuanto a contenido, los relatos están al otro extremo del idílico *naïf* pictórico. Si se le quiere volver novela se necesita a un Rulfo o Jesús Gardea o Luis G. Inclán o Altamirano o Gregorio López y Fuentes o Mariano Azuela y, felizmente, muchos etcéteras más.

Esta digresión en la que aparentemente me salí del libro en comentario, me pareció importante para reforzar lo que postula Humberto Guzmán. Como cuentos, esas historias orales resultan asombrosas por sus calidades intuitivas de narración, pero nunca podrán trasponer oralmente la extensión de la ciudad amurallada de la novela, a menos que un novelista con experiencia las tome y las trabaje para ese efecto.

Y puesto que no hay fórmulas ni método didáctico para escribir novela, lo que sí hay es condiciones y valores que Guzmán va recorriendo en sus apuntes, surtidos de elementos de motivación de ideas sobre este oficio. Para esto, además, en tres momentos del libro propone prácticas, que no servirán directamente para que escriba mi novela, pero sí para que desarrolle experiencias de escritura que nutrirán y fortalecerán mi oficio para cuando llegue a mi novela.



Creo que el líquido amniótico del novelista en proceso de germinación no puede ser otro que la lectura de novelas; conste que no lo único, pero ése es el nutriente que le permitirá formarse y nacer. Todo lo demás, todo el entorno, todo otro tipo de lecturas, serán trascendentales, pero complementarias.

Humberto nos va diciendo las cosas, a través de este libro, con una meritoria sencillez que hace sentir al lector como participante de uno de sus cursos o talleres; diciendo las cosas como las circunstancias o las prácticas lo van planteando. Finalmente, esto forma parte de su invaluable humildad interior ajena a toda fatuidad o falsificación, y por esto sus palabras merecen un respeto adicional.

Para cerrar estos comentarios, quiero dirigirme a todo aquel y toda aquella (sean escritores o no) que quisiera escribir una novela, pero no se anima porque le cuesta mucho trabajo inventar un argumento; porque

no tiene ese don de los buenos novelistas; porque eso de crear situaciones lo ve muy complicado, y porque qué difícil le resulta crear sus propios personajes: les quiero dejar con esta sorprendente cita de uno de los más grandes novelistas del siglo xx.

Aldous Huxley advierte, en una entrevista, lo siguiente:

No me considero novelista nato; no. Por ejemplo, me cuesta mucho trabajo inventar argumentos. Algunas personas nacen con una asombrosa facultad narrativa; es un don que yo nunca he poseído en absoluto... el gran problema para mí ha sido siempre el de crear situaciones... tampoco soy muy bueno para crear personajes: no tengo un repertorio muy amplio de personajes. Ésas son cosas difíciles para mí. Supongo que en buena medida es una cuestión de temperamento. •

Humberto Guzmán, *Aprendiz de novelista*, México, Lectorum, 2006, 132 pp.

LAZLO MUSSONG es narrador y periodista. Fue subdirector de *Plural* (1977-1994). Ha publicado *Castillos en la letra* (1986) y *Tórrido quehacer* (1994). Fue condecorado por Francófonos de América, de Quèbec.